

al hombre la palabra de perdón que anima y que consuela: Muchos pecados son perdonados á los que han amado mucho. Vuestra fe os ha salvado; vosotros los que lloráis, vosotros los que creéis, vosotros los que amáis, id en paz.



CAPITULO VI.

LAS PARÁBOLAS DEL REINO DE DIOS.

Los días que siguen al viaje de Naim y la conversión esplendente de María-Magdalena, son consagrados á la evangelización popular.

La actividad apóstólica de Jesús es infatigable. El va, dice un Evangelio,¹ de ciudad en ciudad, de aldea en aldea, predicando por doquiera y anunciando el Reino de Dios. El viaja sin reposo, sin tregua, con los Doce. Jesús no posee nada, ni tesoro, ni tierra, ni casa; todo entero á la obra divina, él no se ocupa de lo que debe vestirle ó alimentarle. Pero el Padre provee á todo; él es quien apela al honor de servirle á algunas mujeres² de una adhesión absoluta, transfigurado por la fe y centuplicado por el amor. Muchos han sido curados por Jesús de sus debilidades, y el reconocimiento, natural á la mujer, ha hecho sus sirvientes fieles. Después de la Madre de Jesús, á la cabeza, se ve á María-Magdalena, la convertida. Citase

¹ Luc., VIII, 1.

² Luc., VIII, 2, 3.

también á Juana, cuyo marido, llamado Chusa, era intendente del tetrarca Herodes, y una cierta Susana de quien solo es conocido el nombre. Ellas velan con una tierna solicitud por el Maestro y sus discípulos; ellas son la providencia de la pequeña comunidad; ricas y generosas, ellas ponen sus bienes á su servicio, encargándose de los gastos del viaje, preparando la comida, eligiendo la morada en la que Jesús y los suyos debían recibir la hospitalidad.

Capharnaum y su lago permanecen el centro de sus viajes. De ahí es de donde parte y ahí es á donde vuelve, trayendo consigo, de los diversos países por donde pasa, una multitud más numerosa y más entusiasta. Para hablarle, Jesús prefería la montaña elevada y desierta, ó el lago luminoso y tranquilo. El Evangelio del Reino ha sido anunciado desde lo alto de algunas colinas, y desde una barca de pescador. Los muros de una sinagoga eran muy estrechos para la mayor palabra que la tierra jamás ha escuchado; era preciso el cielo libre, la soledad llena de ecos, la mar con el murmullo de las olas.

Al dejar á Naim, Jesús volvió á Capharnaum, siguiendo su costumbre, él fué á las orillas de la mar, y la multitud no tardó en reunirse en su derredor. Entonces, él subió en la barca que sus discípulos tenían siempre preparada; y mientras que la multitud permanecía á lo largo de la ribera, él se puso á enseñarla.

—“Escuchad,” les dijo: “El sembrador salió á sembrar; y mientras que sembraba, una parte de la semilla cayó en el camino: los pájaros del cielo vinieron y se la comieron.

“Otra parte cayó en un lugar pedregoso, y pronto creció porque allí no había mucha tierra. Pero cuando el sol ascendió, la semilla fué quemada por sus rayos; no teniendo raíces, ella se secó.

1 Mat., XIII, 1-25; Marc., IV, 1-20; Luc., VIII, 4-15.

“Otra cayó entre las espinas, y las espinas, al crecer, la sofocaron; ella no dió fruto.

“Otra, en fin, cayó en buena tierra, y subiendo y creciendo, ella fructificó: cada grano rindió, el uno treinta por uno, otro sesenta, y el otro ciento.”

En seguida advirtió á sus oyentes que no se detuvieran en el sentido material, sino ensayaran comprender la doctrina oculta, y él agregó: “Que lo entienda el que tiene oídos para escuchar.”

Jesús respeta la iniciativa de la conciencia; él no la violenta, él la llama con una voz discreta. A ella, ayudada por el socorro de Dios, de responder; á ella de abrirse en un primer esfuerzo que prueba su buena voluntad. Esta fidelidad, es de parte del hombre, el principio de la salvación; él merece así la justicia de Dios. Los discípulos ávidos de comprender, no lograban siempre comprender la doctrina del Maestro; y mientras que la multitud se retiraba sin buscar la luz, ellos venían en secreto á interrogar al Señor.

—“Vosotros no comprendéis esta parábola,” les decía Jesús, reprochándoles dulcemente su poca inteligencia, esto es transparente; si ella se os escapa, “¿Como comprenderéis las demás?”

Jesús no dijo que él es el Sembrador, pero se adivina. Ninguna metáfora expresa su objeto con más exactitud y profundidad. El sólo, posee los gérmenes y los tiene en su mano,—no los gérmenes de una vida destinada á morir, sino los gérmenes de la vida eterna. Los más grandes entre los hombres, no siembran sino para la muerte; Jesús siembra para la eternidad. Nada más viviente que el germen: el concentra y manda la vida. La palabra de Dios, en el alma, es el principio de toda su vida espiritual. Lo mismo que la semilla es á la vez materia y fuerza, la palabra es un signo sensible, una encarnación del Espíritu de Dios.

—“La palabra caída en el camino,” dijo Jesús, “y que los

pájaros se llevan, representa á los que la escuchan con un corazón árido y superficial; el Malo llega y la quita. La palabra sembrada en los lugares pedregosos, son los que habiéndola escuchado, la reciben primero con alegría; pero, no teniendo raíces en ellos, no tienen más que un tiempo; la tribulación y la persecución sobrevienen por causa de la palabra, y ellos se escandalizan inmediatamente."

La raíz del alma, es Dios; la profundidad del alma viene de él, su savia dimana de su Espíritu. El alma que no tiene á Dios no tiene más que una superficie. Todo lo que allí se siembra "es abrazado desde el primer rayo del sol, por el fuego de la tribulación. Y lo que está sembrado en las espinas, son aquellos á quienes los cuidados del siglo, la decepción de las riquezas y todas las demás codicias, han domeñado, sofocando la palabra y haciéndola estéril. Y lo que está sembrado en buena tierra, son los que escuchan la palabra, la comprenden, la conservan en un corazón bueno y excelente y la practican en la paciencia.

La virtud es el fruto de la doctrina; en unos, ella produce treinta, en otros sesenta, en otros ciento.

Nada es más oculto, más misterioso, que la semilla, nada más humilde y más velado que la palabra divina. El fruto revela á la una, la virtud es el esplendor de la otra. El alma se ilumina con las obras del Espíritu: la caridad, la alegría, la paz, la paciencia, la benignidad, la bondad, la longanimidad, la mansedumbre, la fe, la modestia, la continencia, la castidad.

Pensando en las virtudes de sus discípulos, Jesús, les decía: Vosotros seréis la lámpara de Dios. "¿Se lleva la candela para ponerla debajo del clemín, ó debajo del techo? ¿No es para ponerla sobre el candelabro?

El Padre lleva todas las cosas á la perfección y á la luz.

—"Nada de oculto que no sea revelado, nada hecho en secreto que no llegue á la luz.

¹ Gálatas, V, 22, 23.

Esta ley universal ha encontrado en Jesús y en su obra la más plena aplicación. El Espíritu velado en él, la verdad oculta bajo las parábolas, el Reino de Dios tan humilde y tan poco conocido,—concentrado primero en el alma de algunos hombres desdeñados,—han llenado la tierra con su esplendor, con su potestad, con su virtud.

Esta vitalidad incoercible del Reino, Jesús la expresó en otra parábola:

—"Se parece," dijo, "al grano que el hombre arroja á la tierra. Que él duerma, que se levante de noche ó de día, el grano germina y crece, sin que él sepa cómo, porque la tierra produce por sí misma el fruto; primero la yerba, después una espiga; y la espiga en seguida se llena de trigo."

La virtud de Dios obra misteriosamente en el fondo de toda criatura, ella le da el crecimiento y la fuerza; y no está en el poder del hombre poner trabas á lo que Dios siembra y nutre.

A Jesús le agradaba hablar de la semilla; ella le recordaba su obra. Ninguno ha sido más humilde en su origen y se ha elevado más alto.

—"¿Con qué compararemos todavía al Reino? Al grano de mostaza. Cuando se le siembra, él es el más pequeño de todas las semillas que hay en la tierra; pero después que se ha sembrado, sube y se hace más grande que todas las plantas, y extiende tan lejos sus ramas que los pájaros del cielo pueden posarse bajo de su sombra."

Aquí está el símbolo de la Iglesia de Cristo,—ese grano de mostaza hecho el árbol gigantesco cuyas ramas cubren á la tierra y dominan todo. Los más grandes talentos,—esos pájaros del cielo, de alas poderosas, fatigados de su vuelo y cansados de su sabiduría,—han venido de siglo en siglo, á posarse bajo la sombra de la doctrina de Jesús, que sola, calma, conforta y alumbraba. Lo que Jesús veía y profetizaba, sus prí-

¹ Marc., IV, 26-29.

² Mat. XIII, 31-32; Marc. IV, 30-32.

meros discípulos no podían sino creerlo y esperarlo; y nosotros, los últimos nacidos, más dichosos, lo vemos. La obra de Jesús es la prolongación de su persona; el tiempo nos separa de la una, pero él nos hace tocar la otra.

El expresó la misma idea con otra imagen, comparando "el Reino de Dios á la levadura que una mujer toma y pone en tres medidas de harina, hasta que el todo fermenta."

La verdadera levadura es el Espíritu de Dios; la mujer es la Iglesia, y la harina la masa humana. Insípida por sí misma, la humanidad toma el sabor con el contacto de la Iglesia, quien poco á poco la invade y la transforma.

El Reino de Dios en la tierra no ha llegado todavía á la perfección. El bien y el mal se disputan la tierra, y al lado del gran sembrador que arroja el buen grano, el enemigo siembra la zizaña, y ambos granos se mezclan en el mismo campo.

—"El Reino de Dios," decía, "es semejante á un hombre que había sembrado buenas semillas en su campo. Pero mientras que los hombres dormían, vino su enemigo y sembró la zizaña en medio del trigo, y se marchó.

"Cuando la yerba hubo brotado y produjo su fruto, la zizaña apareció. Entonces los sirvientes del padre de familia le dijeron: "Señor, ¿no habéis sembrado la buena semilla en vuestro campo? ¿De dónde viene entonces la zizaña?—El hombre enemigo es el que ha hecho esto.—¿Queréis que vallamos á arrancarla?—No, de miedo quizá, que al arrancar la zizaña, también arranquéis el trigo. Dejad al uno y á la otra crecer hasta la cosecha, y entonces yo diré á los cosecheros: Recoged primero la zizaña y atadla en manojos para quemarla; y el trigo juntadle en mi granero."

Los discípulos no habían adivinado el sentido oculto de la zizaña sembrada en el campo. El Maestro se las explicó cuando estuvieron solos:

—"El que siembra la buena semilla es el Hijo del hombre.

"El campo es el mundo.

"La buena semilla, los hijos del Reino; la zizaña, los hijos del Malo.

"El enemigo que la ha sembrado, es el demonio; la cosecha el fin de los siglos; los cosecheros, los ángeles.

"Así como se coge la zizaña para quemarla en el fuego, igualmente, al fin de los tiempos, el Hijo del hombre enviará á sus ángeles: ellos juntarán á todo el que en su reino ha sido un objeto de escándalo, á los que cometen la iniquidad, y ellos les arrojarán en el horno de fuego. Ahí serán los llantos y los crujidos de dientes.

"Entonces los justos resplandecerán en el Reino de su Padre, como el sol."

Cada una de estas palabras de Jesús es inmensa, espléndida, en su sencillez; ellas abrazan todo, y pintan con rasgos profundos su gran obra, desde su origen hasta su eterna consumación. La lucha del bien y del mal es querida por Dios, los servidores del Padre de familia deben resignarse á ello. La violencia, tan natural al hombre, impulsa á los mejores á arrancar la zizaña; Jesús nos enseña á tolerar el mal, de temor que al extirparle con una mano brutal, no se destruya el bien. Es preciso imitar al Padre celestial en la paciencia de su eternidad.

La hora llegará en la que el trigo y la zizaña serán separados por la fuerza de Dios; hora á la vez terrible y consoladora, terrible para los malos, consoladora para los hijos del Reino.

Con la vista atenta sobre el desenlace de su obra, Jesús veía de lejos su propia gloria, la gloria de sus discípulos y la justicia terrible de su Padre respecto de aquellos que le hubiesen desconocido. Frecuentemente él abría al pueblo, bajo colores sombríos ó deslumbrantes, esas perspectivas del mundo venidero; ellos le son sanos, porque ellos le llenan de terror y de

esperanza; porque el terror es el freno que le detiene ante el mal, y la esperanza el aguijón que le eleva hasta Dios.

Esta idea le inspiró la parábola de la red:

—“El Reino de los cielos es semejante á una red arrojada al mar, y que recoge peces de todas clases. Cuando ella está llena, los pescadores la sacan, y sentados cerca de la ribera, ellos eligen los buenos, los ponen en vasos y arrojan los malos afuera. Así será el fin de los tiempos; los ángeles vendrán, separarán á los malos de los justos y los arrojarán al horno del fuego. Entonces serán los llantos y los crujidos de dientes.”¹

No se podría medir el celo de Jesús para iluminar al pueblo galileo é inculcarle su doctrina. Las vivas imágenes abundan en sus discursos.

—“¿Sabéis lo que es el Reino de los cielos?” les dijo. “Un tesoro enterrado en un campo, que un hombre encuentra y oculta. Lleno de alegría, él va, vende todo lo que tiene y compra ese campo.”²

—“El Reino de los cielos,” dijo todavía, “es semejante á un mercader que busca las buenas perlas. El halla una perla preciosa; se marchó, vendió todo lo que tenía y la compró.”³

En efecto, es preciso que el hombre todo lo inmole si quiere poseer á Dios. El sacrificio universal es el precio que solo puede pagar la perla y el campo en donde el tesoro está oculto. Los tímidos, los egoístas retroceden, no sabiendo empobrecerse para obtener las riquezas del Reino; este no quiere renunciar á sus placeres, no tiene las alegrías de Dios; aquel se atiene á su ciencia limitada, él no entra en la bondad infinita; otro quiere la ambición humana, y se priva de la grandeza eterna, reservada á los hijos de Dios.

Toda la doctrina de Jesús, con sus rasgos esenciales, está encerrada en esas parábolas.

¹ Mat. XIII, 47, 50.

² Mat. XIII, 44.

³ Mat. XIII, 45-46.

La función divina y la dignidad del Maestro, su destino doloroso y su triunfo final, la naturaleza íntima de su obra con su universalidad, sus humildes presentaciones, su secreta energía, sus luchas incesantes y sus inmensos resultados, los deberes y las disposiciones del hombre que ahí quiere entrar, la hostilidad del mundo, el papel de Satanás,—el sembrador de la zizafia, el papel de los ángeles, esos invisibles segadores,—la Providencia del Padre que vela sobre el gran drama y que prepara el desenlace: he aquí lo que se deja entrever.

El Reino de Dios era la idea madre de toda la enseñanza de Jesús, la que siempre removía á las masas más violentas. El pueblo estaba lejos de comprender el sentido profundo; él no veía mas que la corteza, los signos exteriores y todo aquello que podía halagar sus preocupaciones, acariciar su interés; los milagros, sobre todo, le deslumbraban; pero la doctrina no le alumbraba. El pueblo tiene mucho del niño: le impone la fuerza más que la sabiduría, y aun cuando él admire la doctrina de Jesús,—los documentos lo observan con cuidado,—su potestad es la que le sorprende y le subyuga.

—“Ved,” decía él, “él no enseña como los Escribas y Fariseos, él habla con autoridad, él ordena.”

Jesús no menos emprendió la tarea difícil de evangelizarle y de abrir su conciencia á la verdad.

Ningún orador popular le será jamás comparado, ni aun bajo el punto de vista de la elocuencia. El está á la cabeza de lo santo más escogido que ha recibido de Dios el secreto de conmover á un pueblo, sin poner en juego sus pasiones terrestres. Nunca, en sus labios, el menor sofisma, la menor alteración de la verdad. El sabe condescender, pero sin lisonja, á la debilidad de aquellos que la escuchan. Su palabra está siempre apropiada á su auditorio. Uno es el lenguaje que él tiene con sus discípulos en la intimidad, otro el que él emplea con los Fariseos y los letrados, otro el que habla á la multitud.

¹ Mat. VII, 29; Marc. I, 22; Luc. IV, 32.

El abre, á sus discípulos, su alma de donde desborda la verdad llena de ternura y de unión; ante los letrados hábiles, él apela á la Escritura, él les confunde con sus discusiones de una lógica irresistible y les abruma, en su mala fe, con el peso de sus anatemas; al pueblo, le expone su doctrina bajo el velo de sus parábolas.

La retórica judía era afecta á ese estilo pintoresco. Los rabinos célebres eran famosos por sus parábolas y sus sentencias. Cada pueblo tiene su genio literario: los Hindous tienen sus cuentos y sus narraciones fantásticas; los Griegos y los Romanos, sus diálogos y sus fábulas; los Judíos, sus parábolas y sus proverbios.

Al adoptar ese modo de enseñanza popular, Jesús le ha dado una sencillez, una verdad, una sobriedad, un encanto, desconocidos antes de él. La mayor parte de sus parábolas han quedado grabadas en el recuerdo; ellas realizan lo bello absoluto: la humanidad entera las conoce y las admira; el niño las deletrea y el hombre las medita; el ignorante las comprende y el pensador halla en ellas una luz infinita.

La esencia misma de la parábola es una comparación que tiene por objeto facilitar la inteligencia de las cosas invisibles, inmateriales, delicadas para decir ó arduas para comprender, asimilándolas á los objetos sensibles, materiales, fácilmente perceptibles.

Ella está fundada sobre el simbolismo, la armonía, la jerarquía universal.

Todos los seres se asemejan en algún grado y se funden en un parentesco, una afinidad más ó menos estrecha. El universo entero lleva el sello y la figura de Dios, fuente única de donde él deriva, y en el universo, los menores seres llevan el sello y la figura de los más grandes de quienes ellos no son sino el bosquejo. El cuerpo está á la imagen del alma; el instinto hace presagiar la libertad. La naturaleza material es el símbolo del mundo espiritual: el cielo anuncia la gloria de Dios.

el espacio su inmensidad, el viento su Espíritu, la luz su belleza, y el tiempo, siempre móvil, la inmóvil eternidad.

A medida que un espíritu está más sujeto y abraza mejor el conjunto de las cosas, más penetra la unidad bajo la diversidad aparente, y más excede en la comparación.

La naturaleza humana, que resume en su complejidad todos los elementos, todos los reinos y todos los mundos, está particularmente dotada de la facultad de tomar todas las analogías y todas las semejanzas. Dios ve todo en la unidad de su Verbo que todo lo ha producido; el espíritu inmaterial contempla todo en las ideas tanto más sencillas y más raras, cuanto él mismo está más elevado; el hombre imaginativo y sensible no comprende lo divino, lo espiritual, lo invisible, sino á través del símbolo de la realidad material. El entreve á Dios por la creación en la que Dios se refleja, los espíritus por su alma, y su alma por la materia que ella vivifica y en donde ella graba su imagen.

Estudiado así, el arte de la parábola no es más que una especialidad judía, él es la preparación de la inteligencia humana y su procedimiento normal.

El más vasto campo abierto á la alegoría, es la relación entre Dios y la creación, entre el alma y Dios. Ciertos pueblos, como los Hindous y los Griegos, han quedado inferiores en este punto á los Semitas y á los Judíos, porque los unos, confundiendo por su panteísmo la creación y á Dios, han suprimido sus relaciones, mientras que los demás, al mantenerlas severamente distintas, han guardado intacto el tesoro inagotable de sus analogías. La poesía de los unos ha degenerado en leyendas colosales y absurdas, la de los otros se ha mantenido en el sano y robusto vigor de la verdad. Ellos no han dado al mundo los atributos de Dios; ellos han comprendido la pequeñez del gran universo; ellos han leído en su nada las grandezas insondables de lo Infinito.

Al adoptar la forma de la parábola, Jesús entró en la ley

misma de la inteligencia humana, en la ley que corresponde mejor á la naturaleza del Maestro como á la de los discípulos. Ahora, siendo inmutables las leyes, ellas comunican su inmutabilidad á las formas que ellas consagran.

De ahí, entre otras causas, la eterna juventud de las parábolas evangélicas.

La parábola estudiada en sí misma es tanto más perfecta cuanto ella es más justa y más profunda. La exactitud resulta del signo escogido; la profundidad, de la verdad oculta bajo el signo. A medida que el signo se adapta más á la realidad, la parábola es más justa; á medida que la verdad es más profunda, la parábola es más sublime. Jesús, en sus discursos al pueblo, ha desdeñado la vana poesía, el rebuscamiento de las grandes imágenes; él ha permanecido sencillo y unido, escogiendo los objetos más vulgares como símbolo de la verdad. La sublimidad de la doctrina contrasta de esta manera con la humildad del símbolo. Ninguna pompa, ningún falso brillo, la sencillez, siempre; este es el único vestido con el que quiso revestir la santa desnudez del Espíritu. El no quiere que se detenga en la forma exterior, en el signo; él aleja todo lo que pudiera cautivar y distraer. Los talentos más maravillosos ocultan la verdad y algunas veces la ofenden, cargándola de semejantes atavíos. Jesús la descubre, pareciendo ocultarla, porque el velo con que la cubre, deja aparecer, en su pureza, las líneas de ese cuerpo virginal. Así, las inmortales palabras del hombre de talento no halagan comunmente mas que á nuestra estética; la sencillez querida por Jesús rechaza las profanas y engendra en los corazones rectos la luz y la virtud.

Uno de los más grandes dones del orador, sobre todo del orador popular, es el tacto, sin el cual la potestad, la vehemencia de la acción, queda estéril. No basta traducir á un pueblo la verdad, es preciso apropiarla á la conciencia de ese pueblo. Demasiada luz deslumbrá; el que no sabe moderar el brillo ciega en vez de alumbrar. El tacto de la elocuencia es inspirado

por el amor de la verdad y por el amor de los hombres. El que ama la verdad más que á sí mismo busca el triunfo, y no la expone, al revelarla sin discreción, á la indiferencia ó al desprecio; y el que ama á los hombres adivina su debilidad, él la maneja con respeto, no comunicándoles sino aquello que ellos pueden entender.

El método de Jesús, en su enseñanza popular, atestigua su prudencia exquisita. El que vino á este mundo á dar testimonio á la Verdad, la amó hasta la muerte. Ni una de sus palabras que no respire la reserva y la medida. El jamás arrojó la perla á los puercos y jamás dió la cosa santa á los perros. Su amor por su pueblo, por su país, por los hombres á quienes quiso salvar, brilla en todas las páginas de su vida. El conoció su debilidad, sus preocupaciones, su ignorancia, su dureza, su incapacidad; y él tiene la piedad. El es paciente, porque sabe que su Evangelio y su doctrina, destinados á alumbrar los siglos, tendrán necesidad de los siglos para penetrar los espíritus y renovar al mundo.

Sin embargo, por débil que sea el hombre, y por sublime que sea la verdad, existen entre ella y él afinidades indestructibles. Ellos apelan el uno á la otra, y si el hombre no puede elevarse hasta la verdad, la verdad descenderá hasta el hombre. Como Dios se ha encarnado en el Hombre—Jesús, la Verdad eterna se encarna en las parábolas salidas de su boca. Pero, lo mismo que el Dios encarnado se hace mejor amar y comprender, la Verdad divina en las parábolas se deja percibir más dulce y más ascequible. Los ignorantes las pueden leer, y Jesús ha hallado para ellas el secreto de enseñar los misterios de Dios al último de los hijos del pueblo.

Este arte de templar el brillo de lo Verdadero es una de las disposiciones del gobierno divino: Dios no quiere abatir al hombre por la evidencia brutal; él irradia discretamente, á media luz, para inspirarle la fe, conservando su libertad. Cristo, —su gran obra,—aparece con este carácter misterioso: el Espíritu de que está lleno se oculta bajo el velo de la humanidad.

Los discípulos se admiraban del misterio con el que el Maestro, dirigiéndose al pueblo, velaba siempre su doctrina. La causa de esta reserva se les escapó. Es raro que la sabiduría de Dios no pugne con la razón del hombre que osa juzgarla con su propia luz.

—“¿Por qué,” decían ellos á Jesús cuando estaban solos, “habláis en parábolas, cuando nos habláis á nosotros sin figuras?”

¿El celo inspiró esta pregunta? Tal vez. Los discípulos debían desear la gloria del Señor, y en su impaciencia, ellos hubieran querido verle deslumbrar y subyugar á la multitud por el esplendor de su enseñanza.

Jesús les respondió: “A vosotros,” que creéis, á vosotros que me amáis, “les es dado conocer el misterio del Reino de los cielos;” á los demás, que no quieren creer, á aquellos del exterior, “no les es dado.” Ellos se detienen en el signo, y “todo se hace para ellos en parábolas.” Creer es el principio de la inteligencia; no creer es la causa de las tinieblas del espíritu.

“Al que posee,” ese principio de la luz, “se le dará, y él estará en la abundancia; al que no le tiene, aun cuando parezca tenerle le será quitado.”

La fe apela á los dones de Dios, mas la incredulidad seca la fuente. Abandonada á sí misma, privada de las fuerzas divinas que centuplican la vida, hacen germinar las virtudes y exaltan la naturaleza, el hombre se sumerge poco á poco en el error que es la muerte de la razón, y en el vicio que es la muerte del alma; el espíritu se ciega, el corazón se embota, la voluntad se enerva, la conciencia se obstina.

—“Por esto,” agregó Jesús, “yo hablo con figuras,—á fin de que los que son indignos, viendo todo, no vean nada, y al escuchar, no oigan ni comprendan. Así yo cumplo la palabra de Isías, profetizando á este pueblo: Vosotros escucharéis

¹ Mat. XIII, 10-17.

con todos vuestros oídos y no comprenderéis; porque el corazón de este pueblo se ha embotado, y sus oídos se han endurecido, y sus ojos se han cerrado, de temor que sus ojos no vean, que sus oídos no oigan, que su corazón no comprenda, y que al convertirse, yo los sane.”

Esta última palabra es aterradora.

No es la venganza, es el amor de Dios lo que teme ese pueblo: él tiene temor de ver, temor de oír, temor de comprender, temor de convertirse, temor de ser sanado por Dios; por esto cierra los ojos y se aparta.

Es preciso que el mal toque sus consecuencias fatales. Llegado á cierto grado de bajeza, el hombre obstinado parece indigno de la conversión; Dios, después de largos ultrajes, le entrega á sí mismo, y el castigo más espantoso del que ha causado su misericordia es el encaramiento inflexible de la conciencia contra los llamamientos supremos que salvan á los predestinados.

Sin embargo, los endurecidos y los obstinados también ellos algunas veces son dominados, á su vez, por la bondad. Alguno que haya crucificado á Cristo ó degollado á sus discípulos puede caer vencido á sus pies y ser regenerado por la virtud de su sangre, porque el amor de Dios es un fuego que hace al alma dócil,—aun cuando haya tenido la dureza del granito. Por pesada que sea la justicia divina para con la raza humana, la última palabra del gobierno divino no es la justicia, sino la misericordia.

En este sentido, Jesús agregó:

“Para vosotros, dichosos vuestros ojos, porque ellos ven, y vuestros oídos, porque ellos escuchan.

“En verdad os digo, muchos profetas y justos han deseado ver lo que veís y no lo han visto, oír lo que escucháis y no lo han escuchado.”

Inexplicables en la boca del hombre, esas palabras son na-

¹ Isías, VI, 9-10.

tales en los labios de Jesús; ellas expresan la conciencia que él tenía de su divinidad. Los que la ven están en la felicidad; los que la escuchan, en la luz.

Se presente cuál debió ser la intimidad de los doce, reunidos en torno del Maestro en la cámara alta, cuando en la noche, habiendo desaparecido la multitud, Jesús, descansando, les abría los tesoros de sabiduría y de santidad de los que el mundo ignoraba.

El reservaba para esta hora tranquila las expansiones y las confidencias. Ningún profano, ningún desconocido, ningún indiferente contrariaba la expansión. Los discípulos podían preguntarlo todo, y Jesús decirlo todo; él inició, á su deseo, á esas almas sencillas y nuevas aún, y como lo dice un Evangelio,¹ él les explicaba todo; su condescendencia era como su ternura, sin límites, ella tenía algo de paternal.

Cuando él hubo hablado: "¿Habéis comprendido todo esto?" preguntó á sus discípulos. Y ellos, transportados de admiración respondieron:—Sí, Señor.²

Un día, haciendo alusión á su papel de maestro, les dijo:

—"El verdadero Escriba que tiene la ciencia del Reino de los cielos, es como el padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas y cosas antiguas."

El conoce las necesidades de sus hijos y sabe corresponder á ellas. La ciencia humana es pobre, impotente, algunas veces dura; ella no tiene la llave ni de nuestro pasado ni de nuestro porvenir; á las inteligencias hambrientas de la eterna verdad, ella no tiene que dar para alimentarlas; y si ella puede distraer un momento á los corazones presa del sufrimiento, ella jamás les ha consolado. Ella se absorbe en la investigación de los fenómenos que son la figura cambiante de este mundo; y si ella sospecha la causa primera, ella no puede elevar hasta ella á nuestra naturaleza inquieta y atormentada.

El hombre iniciado en la ciencia de Dios aprende de él el

¹ Marc., IV, 20.

² Mat., XIII, 51-52.

principio, la ley y el fin de las cosas, él juzga todo bajo el punto de vista de la eternidad, él sabe que Dios prepara en la humanidad su Reino, y que, desde la primera pareja humana, á través del espacio, de siglo en siglo, en el fondo de todas las agitaciones de las familias, de los pueblos, de las civilizaciones, de las razas, en el caos sangriento de los intereses, de las pasiones, de las doctrinas, de las religiones, el Espíritu vivo y amante cumple y prosigue su obra de salvación, de verdad y de bondad, de justicia y de misericordia, de amor y de paz; él sabe que este Espíritu ha tenido su manifestación plena, absoluta en Jesús, y que Jesús, la esperanza del pasado, el gran signo contradicho del presente, es la fuerza reservada del porvenir, el complemento de toda la obra de Dios.

Cristo es el tesoro divino del que la humanidad puede sacar sin cesar; como todo lo que es eterno, él tiene la antigüedad y la novedad; él corresponde á lo que ha sido, á lo que es, á lo que debe ser; él tiene la palabra del pasado, del presente y del porvenir. A cualquiera que le pregunte la verdad, él la enseña; la fuerza de vivir, él la comunica; el consuelo, él le derrama á torrentes; la esperanza, él la hace brillar; la beatitud, él da á los más desheredados el inefable sabor anticipado.

El hombre no tiene derecho de quejarse; su suerte es hermosa. ¿Qué importan sus miserias y sus necesidades? Es dulce sentir el aguijón, puesto que se les puede curar y saciar. Lo que él busca con más ardor y angustia, lo que se le escapa siempre,—la vida y la felicidad; la vida que no teme á la muerte, la felicidad verdadera que la prueba misma aumenta,—esos bienes están á su alcance, él no tiene más que pedirlos á Jesús, vivir y ser dichoso.



CAPITULO VII.

LA SUPREMA INJURIA DE LOS FARISEOS.

Las predicaciones populares, en contorno del lago, marcan el punto culminante del apostolado galileo.

En algunas semanas, la masa entera del país se agitó. Nada puede neutralizar el magnetismo divino del nuevo Profeta. Ante la potestad de su palabra, el número y el brillo de sus curaciones y de sus milagros, la multitud, en despecho de sus preocupaciones, no resistía. Vencida por la evidencia, ella aclamaba en Jesús al Hijo de David, saludando bajo este título al Mesías esperado. Capharnaum vió acudir de todas partes á los que buscaban al Profeta, ella llegó á ser ilustre entre las pequeñas ciudades de Zabulón y de Nephtali.

Pero, á medida que la agitación se esperaba, el despecho, los celos, la inquietud, el escándalo, la amenaza, la injuria y el odio, todas las malas pasiones que se amotinan contra el hombre de Dios, crecen entre los jefes, los ancianos, los letrados, los Fariseos. Jerusalem, que permaneció el foco, no perdió de vista ni el movimiento ni al agitador. Los emisarios del San-

hedrín fueron enviados con el mandato de vigilar á Jesús y de desengañar á la multitud.

No se detiene un movimiento popular con algunos doctores; la fuerza misma no lo logra siempre. Mas, aquellos que, teniendo el poder, le ponen al servicio de una tradición debilitada, jamás tienen el sentimiento exacto de las fuerzas que ellos combaten ni las fuerzas que ellos emplean. Su ilusión es la causa de su caída.

Parece que la palabra de orden fué la de desacreditar á Jesús y de comprometerle en la opinión. La calumnia es el arma preferida del odio, que se complace en injuriar, esperando que ella perjudique.

Los Fariseos de Galilea, como los de Jerusalem, no pueden negar la potestad extraordinaria de la palabra de Jesús, ni poner en duda las señales prodigiosas que resplandecían por todas partes: curaciones de enfermos, resurrecciones de muertos, exorcismos de demonios; no pensaron en ellos. Si ellos hubieran sido sinceros, ellos hubieran invitado al pueblo y agregado sus aclamaciones á las suyas; pero reconocer á Jesús, era condenarse ellos mismos, saludar en él al Enviado de Dios, era abdicar.

Ningún poder religioso ha dado el ejemplo de ese renunciamiento generoso, espontáneo. Es preciso que Dios desencadene contra él el torrente de los acontecimientos que trae.

Entonces fué cuando los Fariseos arrojaron contra Jesús, en la multitud, la injuria más cruel y la blasfemia más odiosa: —"No es Dios el que está en él," decían, "es el diablo. El espíritu malo es el que le guía, en nombre de Belzebú él arroja á los demonios."

Ellos ya le habían llamado un impío que se apartaba de sus observancias, un hombre glotón y que ama el vino, un violador del sábado, un despreciador de los antiguos maestros, un blasfemador; ellos dicen hoy: Este es un mágico, un poseído.

Jesús permaneció tranquilo, él afirmó la verdad en la plena luz; pero él relevó la injuria con una severidad terrible. Jamás salió de sus labios palabra más inexorable, para rechazar el ultraje y anatematizar la hipocresía.

El les convocó y les dijo:

—¿Cómo Satanás puede arrojar al mismo Satanás? Entonces, ¿él se destruye á sí propio? Un reino dividido será devastado. Toda ciudad ó toda casa en lucha consigo misma será condenada. Si Satanás se levanta contra sí mismo, él está dividido, él no puede subsistir: este será su fin.

“Según vosotros, yo lanzo á los demonios por obra de Belzebú; pero vuestros hijos, ¿por quién los lanzan? Vosotros decís que es en el nombre de Dios: ¿por qué no lo decís de mí? “ellos serán vuestros jueces.”

“Yo lanzo á los demonios por el Espíritu de Dios, esta es la prueba que el Reino de Dios ha venido á vosotros, porque nadie puede entrar á la casa del hombre fuerte y robar sus muebles, si él no le ha atado previamente; y después, él robará su casa. El que no está conmigo está contra de mí. El que no se une á mí, se dispersa. Y si yo obro por el Espíritu de Dios, pareció decir, el que no está conmigo está contra el Espíritu de Dios, y “el que no se recoge en este Espíritu, no puede sino desertar.” El Espíritu es el lazo de todo.

Entonces, levantando la voz con fuerza, él agregó esta palabra aterradora:

—“En verdad, yo os afirmo, todos los pecados de los hijos de los hombres, todas sus blasfemias les serán perdonadas. Cualesquiera que haya hablado contra el Hijo del hombre, le será perdonado; pero aquel que haya blasfemado contra el Espíritu Santo no obtendrá jamás la remisión, ni en este siglo ni en el futuro; él es culpable de un crimen eterno.”

Hay faltas imperdonables, un crimen eterno, según la ex-

1 Cf. *Summa theol.*, 2^a 2^a, g. XIII y XIV.

presión de Jesús. Desconocer, injuriar, calumniar, perseguir al Hijo del hombre, llamarle desdeñosamente el hijo del carpintero, el reprocharle el amor al vino y á la buena comida, el violar el sábado, el vivir fuera de las santas costumbres y el despreciar las observancias de los maestros, el tratarle de impío, de Samaritano y de seductor,—todas esas blasfemias son perdonables; pero ultrajar al Espíritu Santo del que está lleno el Hijo del hombre, atribuir sus obras divinas,—la expulsión de los demonios, la resurrección de los muertos y tantos otros prodigios,—al espíritu malo, el insultarle al grado de confundirle con el espíritu del mal: esta es la blasfemia sin excusa ni perdón.

En la doctrina de Jesús y en la verdad absoluta, el pecado no es perdonado sino por Dios, por su Espíritu de misericordia, de amor y de bondad. Todo hombre que no rechaza á este Espíritu, cualesquiera que sean sus debilidades, su apartamiento, sus errores, cualesquiera que no diga de Dios: Es el mal, y de la obra de Jesús: Ella es la obra del mal, de las tinieblas y de la opresión,—este es susceptible de ser reconciliado y salvado; pero el hombre quien, por un movimiento de voluntad sacrilega, se ha puesto en oposición contra ese Espíritu, que le rechaza por la blasfemia y el odio obstinado, se cierra libremente las únicas vías por las que el perdón pudiera llegar hasta él; él se parapeta de algún modo en su conciencia, prohibiendo todo acceso al Dios que perdona. El Espíritu ultrajado se retira, dejando al blasfemador en su “crimen eterno.” La muerte que le hiere y que separa al tiempo de la eternidad no cambia nada, porque ella consagra á la virtud como al crimen; á la una como á la otra, ella pone el sello de la eternidad.

Que los débiles se aseguren, que los desviados esperen; siempre hay una palabra de misericordia, si ellos la invocan. En cuanto á aquellos que, lejos de invocarla, ultrajan al principio mismo, ¿qué esperan, sino la justicia vengadora de Dios? Ella pesará sobre ellos, sin que la bondad infinita, repudiada, pueda doblegarla, deteniendo la cólera y la maldición eterna.

Jesús atrae á sus insultadores á las leyes más sencillas de la sabiduría y de la razón, y penetrando como siempre el secreto de su conciencia, él les muestra por qué ellos violan esas leyes, y pone á descubierto la fuente oculta de su blasfemia.

—Como “el árbol se conoce por su fruto,” exclamó él, el principio se revela en sus obras. “No atribuyáis, pues, frutos malos á un árbol bueno, ni frutos buenos á un árbol malo.” Mis obras son buenas: ¿cómo podrían ellas tener por principio á Belzebú? El diablo es malo: ¿cómo puede él producir actos buenos?

—“Y vosotros, raza de víboras, ¿cómo podríais decir cosas buenas?” La evidencia de los hechos se estrella contra vuestro corazón obstinado; y “la boca habla de la abundancia del corazón.” Mas toda palabra humana,—aun la palabra ociosa,—será juzgada en el día de la justicia. “Vuestras palabras os justificarán ó ellas os condenarán.”

Algunas palabras no son menos criminales que los actos, porque ellas ofenden y escandalizan, ellas corrompen y ellas matan; las de los Fariseos, que Jesús marca aquí, son como la dentellada de la víbora.

Nadie duda que ellas hayan tenido alguna acción sobre la multitud que las escuchó y de donde los enemigos de Jesús las propalaron. Los espíritus indiferentes ó refractarios al entusiasmo general han debido acogerlas: ahí es donde la calumnia camina y ejecuta su obra de muerte.

A cierto número, el celo del Maestro pareció exaltación, y su obra una locura. La sublimidad de su doctrina les sobrepujaba. Esta vida de apóstol siempre en movimiento, esta agitación de la multitud en derredor de él, esas noches pasadas en oración, esos días absorbidos en la curación de los enfermos, la casa asaltada, hasta la dificultad de tomar algún alimento, toda esta existencia animada por el Espíritu, y tan lejos de las condiciones vulgares, no era para nada comprendida.

Siempre se le inculpaba en su familia. Algunos de los suyos le trataban públicamente de insensato, de enérgumeno y de

exaltado. Ellos querían arrancarle de la multitud y llevarle con ellos lejos de el tumulto, en donde él perdía el espíritu, decían ellos.

Esta fué un poco después la escena violenta en la que Jesús había tratado á los emisarios del Sanhedrin con la indignación del hombre ultrajado en lo que tiene de más santo; el pueblo había penetrado en la casa de donde los enviados acababan de salir. Se habían sentado en derredor suyo. La fe solicita de los sencillos hacía descansar á su alma de la blasfemia de los grandes y de su ciencia soberbia. Esta es una ley de la vida de Jesús á través de los siglos: el insulto que él sufría de parte de los hombres perdidos por su razón y por el odio, provocaba en el pueblo un aumento de confianza y de amor.

La alegría del Maestro era ver reinar á su Espíritu; el la gustó sin turbación, cuando se le vino á decir: Maestro, he aquí que se os busca de parte de vuestra madre y de vuestros hermanos.

La Madre de Jesús no era seguramente de aquellos que, entre los suyos, le juzgaban con su miserable sabiduría; se puede pensar que la solicitud por su hijo la llevaba cerca de él, á fin de consolarle en las luchas de su apostolado.

—“¿Quién es mi madre y quienes son mis hermanos?” respondió Jesús; y dejando caer sus miradas sobre los que estaban sentados en su derredor:—“Mi madre y mis hermanos,” dijo, “helos aquí. Si, cualesquiera que escuche la palabra de Dios y haga su voluntad, este es mi hermano, mi hermana y mi madre.”

La carne y la sangre no son nada para el Hijo del hombre. El parentesco carnal le importa poco. Si la familia terrestre está constituida por la unidad de una misma sangre corriendo en nuestras venas, la familia celestial está constituida por la unidad del mismo Espíritu, llena de él, él es el criador de la

gran familia de los hijos de Dios, y aun cuando se fuese de la misma sangre que él, no se llega á ser su madre, su hermano y su hermana, sino participando de la plenitud de su Espíritu.

Todos aquellos que han sido sobrecogidos de una inspiración superior y quienes, subyugados por el llamamiento de Dios, han consagrado su vida entera á su servicio, entenderán sin trabajo la palabra de Jesús. Toda convicción fuerte termina por apoderarse de nosotros. Invasora, exclusiva, ella nos arranca sin piedad á cualquiera otra cosa y se convierte en el objeto único fuera del cual nada nos conmueve; los que no la comprenden son extranjeros; los que la atacan, el enemigo; los que la aman y la sirven con nosotros, nuestra única, nuestra verdadera familia.

En la noche de uno de los días en que él habla, en las orillas del lago, enseñado al pueblo en parábolas, Jesús dijo de repente á sus discípulos:

—“Pasemos á la otra orilla.”

Los acontecimientos que iban á verificarse parecían dispuestos por la Providencia para confirmar la fe de los discípulos, haciendo resplandecer la potestad soberana de Jesús. A medida que él está más atacado por los hombres, el Padre exalta más la gloria de su Hijo y asegura á los que participan de su destino.

Los discípulos obedecieron; ellos despacharon á la multitud que estaba sentada sobre la playa, y se dieron á la vela, llevando á Jesús en la misma barca en donde estaba. Otras barcas navegaban con ellos. Y se levantó una gran tempestad. El viento introducía á las olas en la barca que se llenaba.

El, sin embargo, acostado en la popa, con la cabeza reclinada en la almohada, dormía. Los discípulos asustados por la tempestad, le despertaron:—Maestro, salvadnos! Perecemos.

—“¿Por qué teméis, hombres de poca fe? les dijo Jesús.

¹ Marc., IV, 35.

² Marc., IV, 35 y sig.; Mat., VIII, 18-27; Luc., VIII, 22-25.

Entonces, él se levantó, y como si esta naturaleza hubiera estado animada de algún espíritu misterioso, él amenazó al viento, y dijo á la mar:

—“Cesa de rugir. Calla.”

A su palabra el viento y las olas se apaciguaron, se produjo una gran calma.

—“¿Aun no tenéis fe?” dijo Jesús á sus discípulos.

Ellos quedaron sobrecogidos de temor; y mirándose los unos á los otros, se decían en su admiración mezclada de espanto:

—“¿Quién es él? El manda al viento y á la mar, y ellos le obedecen.

Jesús, en este hecho milagroso, revela su divinidad por su potestad. Su palabra tiene la eficacia y la autoridad soberanas, no trayendo nada de nadie, cumpliendo todo lo que ella dice. La naturaleza, con sus energías más tumultuosas, le obedece como un sirviente inteligente y dócil. El dijo al viento callarse, el viento se calló; á la ola furiosa no rugir, la ola se apaciguó. El hombre armado con este poder no es más que un hombre, él tiene la fuerza de Dios. Los que tienen miedo de la conclusión niegan el hecho; pero la negación se estrella contra el testimonio irrecusable de los documentos. El personaje que nosotros vemos vivir nada tiene de nuestras pequeñeces: que él mande á la mar ó que él enseñe las bienaventuranzas, él es por todas partes de una grandeza divina, porque él manifiesta siempre la potestad ó la sabiduría de Dios.

Se comprende que semejantes actos ejercían sobre los discípulos una acción prodigiosa. Su fe se arraigaba, la idea que ellos se formaban de su Maestro se elevaba poco á poco, y, con la fe, ellos sentían crecer la admiración y su adhesión. No se necesitaba menos para arrancar á esas naturalezas del medio tan refractario del que habían salido.

Los milagros forman parte de la educación de los primeros fieles de Jesús, ellos son una de las fuerzas que explican su me-

tamórfosis rápida; ellos se imponen á la razón, y forman un elemento esencial en la trama de esta historia.

La barca ocupada por Jesús y sus discípulos, asaltada por los vientos y las olas, Jesús dormido en la popa, los discípulos aterrados, claman á su Maestro: Sálvanos, perecemos! él, siempre tranquilo, en medio de la tempestad, reprochándoles tener miedo, como si á su lado se pudiera temerle jamás; su palabra más fuerte que la tempestad y la mar desencadenadas, mandando al viento callarse, y á las olas calmarse; esta tranquilidad perfecta, súbita, repentina, absoluta; la admiración mezclada de temor poniendo el grito de la fe en Aquel que es más fuerte que la naturaleza.—toda esta escena en sus detalles tan vivos se ha convertido en un símbolo popular de la obra de Jesús.

La Iglesia es la barca de Pedro, que lleva á Cristo y á los suyos. Ella marcha, la tarde del día de la humanidad, á la rivera eterna, atravesando este mundo en donde ruge la tempestad. Invisible, Jesús parece dormir. La oración le despierta y le evoca; él aparece, se queja de que esté espantado; su presencia es la prenda de toda paz. El ordena á los acontecimientos como á la tempestad de las olas, él sabe encadenarlas, cuando le place, con una palabra todo-poderosa. Un grito de admiración se levanta sobre la mar aplacada por él, y, en la calma de este mundo, se ve á la barca proseguir su camino, llena toda de ese grito. Jesús tiene la fuerza de Dios, él es el maestro de las pasiones humanas y de sus olas encolerizadas que nada pueden contra la Iglesia insumergible.

La barca, después de la tempestad, llegó sin embarazo á la rivera oriental en donde Jesús quería costear. El bajó al territorio de los Gerasenianos, un poco más allá de la antigua Gerasa.* La pequeña ciudad, situada á la extremidad del ouady

* Mat., VIII, 28 y sig.; Marc., V, 1-10; Luc., VIII, 26 y sig.

2 Véase el Apéndice L. *Kersa y Gádara*.

Zemmach, formaba parte de la Decápolis. Las montañas del valle se separan á derecha é izquierda y se elevan bruscamente sobre el lago, á la altura de las mesetas de la Gaulonitide. Ellas están perforadas de grutas que sirven de tumbas. Las ruinas de Gerasa subsisten bajo el nombre de Kersa. Distínguense todavía á flor de tierra los viejos muros de basalto de las casas derribadas. Los restos de un castillo, protegiendo la ruta á orillas de la mar, forman antes de Kersa un pequeño montículo al que un robusto terebinto cubre con sus ramas frondosas. Los Beduinos acampan en sus alrededores; sus tiendas negras se extienden entre el césped verde; sus ganados vagan en el valle y en el flanco de la montaña.

En el momento mismo en que Jesús desembarcó, de repente, de entre las tumbas que cubren la colina, se llegó á él un hombre de un aspecto espantoso.* El habitaba en los sepulcros; no se le podía sujetar ni con cadenas; él era el terror de la comarca. A menudo atado con cadenas y con grillos en los pies, había roto las cadenas y despedazado los grillos; y sin descanso, día y noche vagaba en la montaña desierta y entre las tumbas, gritando, desgarrándose los vestidos y lastimándose con piedras.

Esta locura furiosa estaba agravada por la posesión; toda la narración, sin ella, es inexplicable. Viendo venir á Jesús de lejos, corrió y se prosternó ante él, y lanzando un gran grito, decía:—¿Qué hay entre tú y yo, Jesús, Hijo de Dios Todopoderoso? Yo te conjuro por Dios que no me atormentes más.

No es el enagenado el que habla, es el espíritu malo del que está poseído el que se revela.

Su actitud para con Jesús siempre es la misma. Una fuerza superior parece impulsarle hacia él, él adivina al Hijo de Dios en este hombre extraordinario; él se ve vencido de antemano y encadenado; no blasfema, pide gracia.

Esas palabras entreabren el misterio de la condenación de

* Véase el Apéndice K. *El poseído de Kersa*.

los espíritus. Su alegría satánica está en el mal que ellos pueden hacer. Su pequeñez de su naturaleza de la que han arrojado á Dios, es su tormento. Salir de ellos mismos para esclavizar al hombre y turbar á la tierra sería un alivio y una diversión en el vacío espantoso que es su suplicio; ser llevados por ellos mismos, á ese yo, quien sin Dios no es más que tinieblas, fealdad, impotencia, vacío, es su encadenamiento en el abismo.

Jesús no habla á este hombre miserable, él se dirige al espíritu. El quiere primero librar al alma; el alma libertada, él salvará al cuerpo.

—“Espíritu inmundo,” le dijo, “sal de este hombre. ¿Cuál es tu nombre?”

—Legión, dijo el espíritu. Y renovando sus súplicas, él imploró á Jesús para no ser arrojado fuera del país.

Jesús no respondió.

A la sazón había ahí á lo largo de la montaña una gran piara de puercos que pacían.—Envíanos dentro de esos puercos, clamaron los espíritus por la boca del poseído.

Jesús se los permitió. Así como en la misma noche había domeñado á la naturaleza, al viento y á las olas, él apareció en este exorcismo más que nunca dominador de los espíritus; él les habla con una voz irresistible: ellos van á donde él quiere.

A una señal de Jesús, los espíritus inmundos, saliendo del poseído, entraron en los puercos, y la piara, de cerca de dos mil, con una carrera impetuosa, se precipitó en la mar y se ahogó.

Háse preguntado con qué derecho Jesús había infligido esta pérdida á los Gerasenianos. ¿Acaso no todo pertenece á Dios y á aquel que ejerce el imperio? La misma mano que sobre la tierra espantada desencadena las calamidades y las

¹ Este nombre, que recuerda la conquista y la dominación del pueblo judío por los ejércitos romanos, expresaba enérgicamente la tiranía ejercida sobre el hombre por los espíritus malos, cuya potestad es incommensurable.

potestades de la muerte, desencadena también á los espíritus humanos que asolan al mundo humano. Pero, al probarnos y al castigarnos, ella nos eleva, porque ella nos hace sentir, con su potestad, nuestra nada y la soberanía de Dios.

El mundo animal, con sus formas variadas y misteriosas en su variedad, no es más que un vasto geroglífico en donde se pueden descifrar las realidades del mundo invisible, del alma y del espíritu. Entre las formas, los instintos de la bestia y las individualidades psíquicas, ¡cuántas afinidades! Ciertos seres se arrastran, tortuosos, inmundos, y encuentran en la fauna su símbolo perfecto. Esos puercos invadidos por los demonios descubren esas potestades tenebrosas y corrompidas cuyas sugerencias, durante siglos, han logrado transformar á la masa humana en una piara de Epicuro.

Los guardianes de esos animales huyeron espantados, y anunciaron en la ciudad y en los campos lo que habían visto.

A esta noticia, muchos acudieron. Ellos vieron á Jesús, y á sus pies, sentado, vestido, tranquilo y sano de espíritu al poseído.

Los Gerasenianos, con este espectáculo conmovido, no tuvieron mas que una sola sensación, el temor; un sólo pensamiento, la pérdida de sus puercos. Naturalezas interesadas y groseras, ellos no comprendieron á aquel que acababa de desembarcar en su territorio. ¿Eran paganos, ó judíos? No se sabe. La Decápolis estaba muy mezclada como población. Ellos no hallaron nada que decir al huésped misterioso que habla sanado al endemoniado; ellos tuvieron miedo de él. El hombre de Dios asusta á menudo á los que visita. Ellos no quieren ser turbados en su vida terrestre, en la falsa paz de sus pasiones; en vez de ofrecer á Jesús la hospitalidad, ellos le despiden, suplicándole timidamente que se aleje de ellos.

Jesús, que respetó al hombre hasta en su ceguera y su miseria, no se impuso jamás. El volvió á la rivera y se retiró.

Como él se embarcase, aquel que había sido curado le suplicó que le permitiera seguirle. El se sentía encadenado á su

libertador, le parecía que su vida debía pertenecerle: el reconocimiento es capaz de estas inspiraciones. El Maestro no se lo permitió; pero, conmovido por su fe, hizo del poseído furioso un apóstol.

—“Véte,” le dijo, “á tu casa y con los tuyos. Anúnciales todo lo que el Señor ha hecho por tí, y refiéreles cómo te tuvo piedad.”

En Galilea, en donde Jesús se guardaba siempre con tanta reserva el excitar la efervescencia popular, prohibió á los enfermos publicar su curación; mas en ese país en donde no hizo sino una rápida excursión y que iba á abandonar bruscamente, él quiere que su nombre permanezca después de él, y que esos desheredados de Gerasa no queden extraños á la obra mesiánica que Dios llevaba á cabo para su pueblo.

Aquellos á quienes la misericordia de Dios ha salvado escuchan en el fondo de su conciencia esta misma palabra de Jesús. Nada más conmovedor para los demás, que la narración misma de los beneficios de Dios. El reconocimiento abre el corazón, y el corazón tiene el secreto de conmover y de persuadir. El pobre Geraseniano se marchó, publicando en la Decápolis todo lo que Jesús había hecho por él, y el nombre del Profeta fué el objeto de la admiración universal.

Esta narración de la curación del poseído de Kersa, de la que el segundo Evangelio no ha arreglado ni el color ni los detalles extraordinarios, no embaraza á aquel que admite la realidad de la posesión y el poder soberano de Jesús sobre los espíritus; este es un hecho precioso, por el contrario, bajo este doble punto de vista; porque él revela con una claridad palpante, la naturaleza de la posesión satánica y la autoridad invisible de Jesús.

La escuela titulada racional, de la teología alemana que no tiene otro cuidado que atenuar la verdad para hacerla acepta-

1 Cf. Godel. *Comment. de l'Évangile de Saint Luc*, ad h. 1.

2 Luc., VIII, 39.

ble, y torturar los textos para adaptarles á sus teorías, no ha visto, en el endemoniado de Kersa, sino á un licántropo furioso; en la carrera impetuosa de los puercos, sino á una piara espantada por el endemoniado y los gritos de los pastores; en la curación del energúmeno, sino un magnetismo de Jesús cuyo encanto y nobleza se imponían hasta á los enagenados. La historia seriamente tratada, no autoriza estas fantasías cuya audacia aparente disfraza mal un pensamiento tímido. Los que no creen en el Dios personal, en los espíritus, en su acción sobre el hombre, en la misión divina de Jesús, no tienen otro recurso más que tratar al Evangelio como una leyenda, y á los Evangelistas como á ignorantes; pero ellos tropiezan siempre con la grandeza misma de Jesús.

El Maestro que ha dado sobre la moral la última palabra, que ha admirado y admira todavía al mundo más civilizado por una sabiduría divina, que ha dominado todas las estrechas preocupaciones y la grosera ignorancia de su medio, no puede ser desembarazado por algunos filósofos. Si él ha enseñado la existencia de los demonios, es porque existen los demonios; si él les ha expulsado, es porque él poseía la fuerza de Dios para atarles y lanzarles; él jamás se ha hecho el cómplice del error y del mal, y se le ultraja en su rectitud, atribuyéndole el procedimiento de acomodación por el que él hubiera adoptado, en apariencia, las doctrinas erróneas y la credulidad pueril de la multitud. La personalidad de Jesús prohíbe la debilidad de los que de ella han escrito; recusarles, es recusarle; atacarle, es atacarle; su santidad y su sabiduría le hacen, á él y á sus discípulos, invulnerable.

No es una negación crítica, apoyada por una filosofía panteísta ó por una ciencia del todo material, la que tocará á aquel que ha vencido al mundo, y cuya doctrina, después de dos mil años, permanece como la ley de la virtud y del heroísmo.

Al dejar al país de los Gerasenianos, en la misma mañana en que él había abordado, Jesús entró á Capharnaum. Vióse

venir de lejos á la barca partida la víspera, y la multitud se juntó para recibirle. Todos le esperaban, dice un Evangelio.¹ La narración de la tempestad, aplacada en la misma noche, y de la curación del poseído, debió esparcirse en el pueblo. Pero no se contaban los prodigios que se multiplicaban bajo los pasos del Profeta. Jesús no hizo más que atravesar la ciudad, y partió inmediatamente, seguido de sus discípulos, para Nazareth.² El quiso volver á ver ese país que era el suyo, á quien había tratado de evangelizar algunas semanas antes, al comienzo de su ministerio galileo, y del cual había salido excomulgado, amenazado de muerte.³ Los Nazarenos habían blasfemado en él al Hijo del hombre: él olvidaba la injuria, y con su mansedumbre, él hizo, para alumbrarles, una nueva y generosa tentativa. Las preocupaciones contra las que él había tropezado iban quizá á desvanecerse ante su gloria que había llegado á ser popular.

El apareció en la sinagoga, el día de sábado. La aspereza de los sentimientos y la violencia del odio parecían haberse calmado. Muchos aun, al escucharle, se azoraban y se admiraban, ellos no negaban ni su sabiduría ni sus milagros, pero la pobreza de su origen permanecía la piedra de escollo de su fe. Se hacía una objeción contra su misión divina.—¡Qué! se repetía, ¿no es este el carpintero, el hijo de María, el hermano de Santiago y de José, de Judas y de Simón? ¿Sus hermanos no están entre nosotros?

¡Cómo la humanidad varía en sus impresiones y en sus juicios! En la actualidad, la humildad, la obscuridad del nacimiento hace resaltar y acrecer el mérito del gran hombre; entre los Galileos de Nazareth, ella le vela. Tal vez ellos hubieran aceptado á Jesús como á un sencillo doctor, confundido con los demás, pero reconocerle como al Enviado de Dios, por el Mesías, he aquí lo que ellos rechazan. La envidia les ciega y se cubre

¹ Luc., VIII, 49.

² Mat., XIII, 53-58. Marc., VI, 1-6. Cf. Luc., IV, 16 y sig.

³ Véase el Apéndice N, *Las últimas visitas á Nazareth*.

con el sofisma que los Fariseos oponen á Jesús: ¿Acaso el Mesías viene de tan bajo? ¿Acaso un carpintero va á libertar al pueblo y á exaltar el trono de David?

La propia familia de Jesús no escapó á ese escándalo: la superioridad de un hombre extraordinario casi siempre no es comprendida por los que han vivido con él en la familiaridad.

Jesús se sorprendió, no sin dolor, de la incredulidad obstinada de su país. Su bondad, que solo la fe hacía obrar, permaneció para ellos como una fuente tapada; él no curó allí sino á algunos raros suplicantes á los que impusieron las manos. El abandonó á Nazareth á quien ya no debía volver á ver, y despidiéndose de sus compatriotas, cuya frialdad contrastaba con la acogida entusiasta que recibía por todas partes del pueblo, él les dijo con tristeza esta palabra que pinta todo su destino: "Un profeta no está sin honor mas que en su patria, en su casa y en su familia."

Nazareno, los Nazarenos le desdeñan; Judío, los Judíos le rechazan; pero los Samaritanos y los paganos le acogen y le adoran.